



EL EMBRUJO DEL TIGRE

SY MONTGOMERY

TRADUCCIÓN DE CARMEN TORRES Y LAURA NARANJO



errata naturae

*Como siempre,
para el Dr. A. B. Millmoss*

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Spell of the Tiger. The Man-Eaters of Sundarbans*

© Sy Montgomery, 1995, 2008

Foreword © 2008 por Sy Montgomery

Originally published in 1995 by Houghton Mifflin Company and in 2008
by Chelsea Green Publishing, White River Jct.

This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent, Barcelona

www.uklitag.com

© de la traducción, Carmen Torres y Laura Naranjo, 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-84-4

DEPÓSITO LEGAL: M-22482-2018

CÓDIGO BIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Aprison Photography

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

Introducción	11
1. LOS SUNDARBANS: UN PRIMER ENCUENTRO	23
2. CON LAS FAUCES ABIERTAS	27
3. LAS CANCIONES DE RABINDRANATH	45
4. EL TIGRE ESTÁ AL ACECHO	71
5. AYER	97
6. EL ALIENTO SAGRADO DE DIOS	123
7. EL RASTREADOR DE TIGRES	147
8. LA <i>PUJA</i> A BONOIBI	173
9. PERDIDAS	195
10. EL DIOS TIGRE DE LA JUNGLA	227
11. POSESIÓN	257
12. ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA	283
13. COMO SI ALBERGARA FUEGO EN SU INTERIOR	309
14. SUEÑOS DE TIGRES	329
Epílogo: el <i>Kali Yuga</i>	335
Posfacio	341
Bibliografía seleccionada	347
Agradecimientos	353
Para ayudar a salvar al tigre	357

INTRODUCCIÓN

Allá donde se le encuentra, el tigre evoca, como ningún otro animal, reverencia, pavor y asombro.

En Sumatra, los santones conversan con los tigres para escuchar así a los héroes muertos. En Tailandia del Sur y en la Malasia peninsular, los pigmeos nos cuentan que el tigre es el vengador del Ser Supremo, Karei, que castiga a los que rompen los tabúes tribales. Los mendriqs creen que el tigre es el hijo del dios y la diosa del trueno que moran en el centro de la Tierra: para ellos es el vínculo entre la tormenta y el inframundo. En la India, los dioses montan a lomos de estos felinos: Jolishmatic, la diosa de las medicinas milagrosas; Aurkah, comandante del ciclo de los treinta y tres años; Shukra, sacerdote de los demonios; y la vengadora Durga, esposa del gran dios Shiva. Todos ellos eligen al tigre como su *vahana* o vehículo. En la mitología hindú, un *vahana* no acarrea a un dios como

un coche suele transportar a un pasajero. Más bien, como señala Wendy Doniger, historiadora de las religiones, la montura lleva al dios «del mismo modo que una brisa “lleva” un perfume». El tigre se impregna, se satura de la fuerza y el poder del dios, se imbuje de su propia esencia.

Por dondequiera que el tigre vaga, se le atribuyen poderes más allá de los que se esperarían en un animal mundano.

Esos poderes no son tan temidos en ningún otro lugar como en los Sundarbans, el mayor delta de marea del mundo. Allí, a diferencia de cualquier otro punto del planeta, el tigre suele cazar personas. Cientos y a veces miles de ellas mueren cada año en sus fauces.

Sin embargo, no se realizan campañas de erradicación de este animal como se ha hecho en Occidente con depredadores mucho menos letales. Allí el tigre es temido pero no odiado, venerado pero no querido, pues se le considera una criatura sagrada que gobierna una tierra encantada.

El embrujo del tigre es una invitación a visitar esa tierra. En las leyendas orientales, las expediciones visionarias por territorios desconocidos solían hacerse a lomos de un tigre. En este libro, el animal llevará al lector a un viaje espiritual hacia una tierra donde la naturaleza y Dios son una misma cosa. No obstante, es un viaje que quizá muy pronto no podamos hacer. Debido al cambio climático, el nivel del mar, cada vez más alto, está devorando rápidamente los Sundarbans. Y pronto ya no quedarán tigres que nos lleven hasta allí.

«Creo que el final del tigre es inminente», me dijo Peter Jackson, presidente del Grupo de Especialistas en Felinos de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, la UICN, cuando empecé a investigar para la primera edición de este libro en 1992. Aquel año se habían matado en la India unos cuatrocientos tigres, con lo que la población mundial de estos felinos se redujo a menos de siete mil.

Su futuro parecía tan negro que, apenas un año después, algunos ya habían perdido la esperanza. «Lloro la muerte de un animal bello y majestuoso —declaraba Adam Holland, director general de la revista *Asiaweek*, en el centro de un artículo de portada de 1993—, pero el tigre salvaje tiene las mismas posibilidades de sobrevivir que un edificio antiguo en el centro de Hong Kong». Al año siguiente, *Time* puso al tigre en su portada con el titular: «Condenado».

A comienzos del siglo xx, los tigres ocupaban vastas áreas de Asia, desde el extremo más oriental de Rusia hasta Java. Se decía que el monte turco Ararat, cerca de la frontera con Irán, estaba «infestado» de ellos hasta la cota de nieve. Cazaban uapitíes en los bosques de robles enanos situados al oeste del gran Gobi de Mongolia; unos ejemplares gigantes de pelaje largo acechaban a las ovejas de montaña en medio de las tormentas de nieve en Rusia; otros deambulaban sigilosamente por los bosques tropicales y vaporosos de Bali. Una media de cuarenta mil tigres de Bengala real habitaba las junglas y las praderas indias, tantos que se dice que, a principios del siglo xx, dos marajás llegaron a matar a dos mil tigres por placer en sus ratos libres.

En la actualidad, sólo sobreviven cuatro de las ocho subespecies originales. Una de ellas —el tigre del sur de China— se ha extinguido desde que comencé a escribir este libro. Las subespecies supervivientes están confinadas en partes diminutas de sus antiguos territorios. Puede que el tigre de Indochina, más pequeño y oscuro que el de Bengala real, cuente con menos de dos mil ejemplares. En Indonesia sobreviven menos de quinientos tigres de Sumatra, con su pelaje rojizo y sus rayas excepcionalmente anchas. Los investigadores calculan que sólo quedan en estado salvaje entre trescientos sesenta y seis y cuatrocientos seis tigres de Siberia, los más grandes. Al último tigre de Bali lo mataron en los años cuarenta; el tigre del Caspio se extinguió en los setenta; el último tigre de Java murió una década después.

Se creía que el tigre de Bengala real era la subespecie más numerosa del mundo, pero, en 1972, las estimaciones eran de sólo dos mil ejemplares —el número que dos marajás podían matar a su antojo— vivos en la India, su hábitat principal. Y, en la actualidad, a pesar del ambicioso Proyecto Tigre, una iniciativa heroica que echó a rodar hace más de veinticinco años en ese país, seguramente no haya muchos más. Los resultados del censo más reciente, anunciados durante los primeros meses de 2008, revelaban que sólo quedaban mil cuatrocientos once especímenes adultos. Las alarmas sonaron, pues esa cifra rebajaba a la mitad el registro de 2001-2002, aunque no incluía ni a los cachorros ni a los jóvenes y tampoco la región de los Sundarbans y varios bosques más que no se habían evaluado

debido a problemas logísticos o de seguridad. K. Ullas Karanth, el por entonces director del Centro para el Estudio de la Vida Salvaje de la India, aseguraba que, en realidad, lo que el censo demuestra es que probablemente existan al menos dos mil tigres en ese país, o tal vez más.

Pero no todo está perdido... todavía. En el panorama de la conservación, aún queda lugar para la esperanza. Por un lado, el último censo que abarca la India al completo, es, sin lugar a dudas, el registro más exacto de la población del felino que se ha realizado en cuarenta años. La India ha cambiado sus métodos censales y ha abandonado los estudios basados en el rastro, que tratan cada pisada como una huella dactilar, tal y como se describe más adelante en este libro. Ahora los censistas confían en métodos más científicos, como los recuentos basados en fotos hechas con cámaras ocultas y la estimación de la cantidad de presas. También existe un interés científico renovado por los tigres de los Sundarbans, la población de la que trata este libro. En febrero de 2005 dio comienzo en el lado bangladés del golfo de Bengala el Proyecto Tigre de los Sundarbans, cuyo objeto es estudiar la ecología única de estos tigres y evaluar así su hábitat y el número de presas. Está patrocinado por la fundación Salvad al Tigre y por el Servicio de Pesca y Vida Salvaje de Estados Unidos, y lo administra el Departamento de Vida Salvaje de Bangladés.

Sin embargo, los tigres que quedan se enfrentan a amenazas mundiales que los conservacionistas no podrían haber imaginado hace treinta años. Cuando el Proyecto

Tigre empezó, se mataba a estos animales sobre todo por su piel. En la actualidad, se los persigue por partes del cuerpo que los anteriores cazadores furtivos descarraban: los bigotes, los tendones, el pene, la sangre y, sobre todo, los huesos, que se venden para abastecer un mercado principalmente asiático y al parecer insaciable donde se utilizan para elaborar supuestos elixires. Aunque ninguno de ellos funciona, se cree que los vinos, los bálsamos, las sopas y las pastillas de tigre alivian los achaques del reumatismo o de la disentería. A diferencia de la piel, que puede identificarse con facilidad, los huesos y las partes orgánicas son mucho más difíciles de rastrear cuando van de camino a los mercados ilegales de Hong Kong, China y Taiwán o a los de los Chinatowns de Europa y Norteamérica.

Según la Agencia de Investigación Medioambiental, una ONG británica, para alimentar este comercio ilegal tan sólo en la India se mata a un tigre cada dieciocho horas. La masacre, por supuesto, no se restringe a la India. Un sondeo en trescientas veintiséis tiendas de Sumatra, incluido en un informe de 2008 realizado por la sección de control del comercio de animales salvajes del Fondo Mundial para la Naturaleza, TRAFFIC, ponía de manifiesto que treinta y tres de ellas vendían partes de tigre, lo que sumaba la muerte de al menos veintitrés animales. Que esta cifra fuera inferior a los cincuenta y dos que se creía que se habían matado para el comercio según el informe de 1999-2002 no era motivo de celebración. La conocida autora Julia Ng afirmó entonces que el descenso no refle-

jaba un mejor cumplimiento de las leyes o una menor demanda, sino que era el resultado del número decreciente de tigres que quedaba en estado salvaje.

Y el comercio ilegal no es la única amenaza para los tigres de todo el mundo. Desde que este libro se publicó, la población de la India ha aumentado de algo más de ochocientos millones a mil ciento treinta y seis, y la población mundial ha crecido de cinco mil seiscientos millones a seis mil quinientos. Los guardas forestales, que deberían perseguir a las redes organizadas de cazadores furtivos, no dan abasto tratando de proteger las pocas zonas reservadas para la vida salvaje de los aldeanos que las invaden y arrasan con sus vacas, ovejas y cabras. Incluso en el caso de que la matanza de tigres acabara, la ingente cantidad de seres humanos sencillamente los echaría del planeta.

¿Y si los tigres desaparecieran de la faz de la Tierra? ¿Necesitamos tigres en nuestro mundo? Las antiguas leyendas nos aseguran que sí. Los antropólogos señalan que, en el pasado, los nativos trataban con sumo respeto a estos animales para no encender la ira de los espíritus o de los dioses tigre. En su maravilloso libro *Soul of the Tiger*, el antropólogo Jeffrey McNeely y el psicólogo Paul Spence Wachel describen el caso de un devorador de hombres birmano al que dispararon después de que supuestamente hubiera matado a veinticuatro personas. Los miembros de la tribu lisu se reunieron con sumo respeto alrededor de su cadáver y le rezaron esta plegaria para pedirle

perdón: «No hemos sido despiadados al matar al tigre. Ha matado a muchas personas sin motivo. Descanse en paz».

En las montañas Annamite de Vietnam, Henry Baudesson, un topógrafo del servicio colonial francés, describió en su diario lo que ocurrió cuando un tigre cayó en un foso destinado a cazar ciervos: «Los nativos estaban aterrorizados por que muriera, en cuyo caso su espíritu los acosaría de por vida. Así que decidieron liberarlo... ofreciéndole sus sinceras disculpas por haberlo retenido tanto tiempo».

En su monografía *The Soul of Ambiguity*, Robert Weising relata una historia que tuvo una gran repercusión en la prensa indonesia durante el verano de 1979, cuando una de las últimas tigresas que quedaba en Java salió de la jungla y se paseó por la ciudad de Yogyakarta.

Atravesó el campus de la Universidad de Gajah Mada y se dirigió al laboratorio de química, donde pasó el día destrozando el equipo. El gobierno indonesio envió a francotiradores con armas provistas de tranquilizantes, pero ella los esquivó. Al final, se le unió su pareja. Ambos fueron sedados y trasladados al zoo. Pero aquella noche y sin saber muy bien cómo, uno de ellos escapó de la jaula cerrada con llave. Lo encontraron en un árbol cerca de su pareja aún enjaulada.

Era de noche y un tigre andaba suelto por la ciudad. Unos agentes decidieron que había que matarlo. El hijo del presidente Suharto de Indonesia, Raden Sigit, disparó el único tiro que acabó con él. Luego, su pareja escapó inexplicablemente de la jaula y desapareció.

Tras la muerte del felino se sucedieron una serie de desastres. El vicepresidente, el sultán Hamengkubuwana, se retiró. El príncipe heredero y su madre murieron con un año de diferencia. Un avión que transportaba a peregrinos indonesios a la Meca se estrelló y dejó doscientos muertos. El monte Dieng entró en erupción y arrojó gases tóxicos que mataron a ciento sesenta personas, y, en la vecina isla de Sumatra, se registraron inundaciones y erupciones volcánicas. La inmensa mayoría de los indonesios atribuyó estos desastres a la muerte del tigre y a la extinción de la subespecie de Java. Según ellos, matar tigres puede acarrear terribles consecuencias.

Los escépticos occidentales podrían tachar las historias de los nativos sobre los animales de mera superstición, pero estarían cometiendo un grave error. La mayoría de nosotros vive en ciudades y barrios residenciales y, sorprendentemente, sabe muy poco de animales, pues nos hemos distanciado de sus vidas. El hecho de que los científicos empiecen a prestar cada vez más atención a lo que acontece en la naturaleza nos confirma que incluso algunas de las historias más disparatadas sobre los poderes de los animales resultan ser asombrosamente precisas y sensatas.

Por ejemplo, hay gente que vive cerca de los pantanos de Florida y que asegura que los cocodrilos te atrapan por tu sombra, te arrastran hasta el agua y allí te comen. La historia procede de una atenta observación del entorno natural. Esos cocodrilos (que son auténticos cocodrilos, no los caimanes más mansos de Florida) comienzan a

alimentarse al atardecer, cuando las sombras se alargan. Cuanto más larga es la sombra, más probable es que el cocodrilo se encuentre en un estado agresivo. «Como regla de oro, si estás tan cerca que tu sombra llega al borde del agua —contaba recientemente Alan Woodward, investigador de pesca y vida salvaje del estado de Florida, a un escritor de la revista *National Wildlife*—, entonces te encuentras a la suficiente distancia para que un cocodrilo te localice y te alcance».

De manera similar, los indios chippewas de los Grandes Lagos creían que las telarañas protegían a sus hijos atrapando el «mal en el aire». A veces una araña tejía de manera voluntaria una tela sobre la cuna del bebé; si alguna no lo hacía, un padre chippewa cogía con cuidado una telaraña con un aro y la colgaba sobre el niño.

Esta creencia tiene sentido; la práctica surtía efecto. Joe Ravner, investigador de la Universidad de Cincinnati, señala que las telarañas funcionan como excelentes mosquiteras. En una zona asediada por los insectos, las telarañas protegían a los bebés de la encefalitis que transmite el mosquito, de las reacciones alérgicas provocadas por las picaduras de la mosca negra y de otros «males en el aire».

Éstos son hechos puros y duros; las verdades que la gente local cuenta sobre los poderes de los animales están aún más enraizadas. La mayoría de los indonesios equiparaba la desaparición de los tigres de Java con un cataclismo para la Tierra y muy certeramente se percataba de que los animales tienen poderosos efectos sobre los seres humanos. Nuestra especie cuenta con la capacidad de

comprender el mundo natural bastante mejor de lo que muchos de nosotros lo hacemos ahora.

«Necesitamos un entendimiento más antiguo, más sabio y quizá más sagrado de los animales», escribió Henry Beston en *The Outermost House*. Ése es el motivo por el que viajé a los Sundarbans y ése es el motivo por el que he escrito este libro, con la esperanza de ofrecer un entendimiento más antiguo y sabio... de la gente, de los tigres y del lugar crucial que éstos ocupan en el mundo.

*Hancock, Nuevo Hampshire,
22 de febrero de 2008*